

*Los historiadores y la política: presente y pasado, tensiones y conflictos**.

Carlos Forcadell Álvarez e Ignacio Peiró Martín

Universidad de Zaragoza

Fecha de aceptación definitiva: 8 de noviembre de 2013

Resumen: Los relatos del pasado, la historia escrita, han sido construidos tradicionalmente en estrecha dependencia del poder político y el orden social. Tras la profesionalización de los historiadores y la normativización epistemológica de la investigación histórica, el escenario ha cambiado profundamente, pero siguen existiendo mediaciones, más complejas, de usos públicos o políticos de la historia. Este artículo parte de la descripción de la primera historia erudita y crítica del siglo XIX y de sus implicaciones con las culturas nacionales y nacionalistas de la época, analiza la profesión de historiador en el marco de la cultura nacional española del siglo XX, y propone observar cómo las transformaciones estructurales de la vida pública reformulan la función del historiador en el siglo XX, atento, especialmente desde su segunda mitad, a considerar esos usos públicos de la historia como objeto específico de investigación, contribuyendo a una autorreflexión del historiador necesaria para defender la responsabilidad de los profesionales y la función social de la historia.

Palabras clave: Historiografía, profesionalización, políticas de la historia, cultura nacional.

Abstract: The narrative of the past, written History, has traditionally been produced in close dependence on political power and social order. After the professionalization of historians and the epistemological standardization of historical research, the panorama has changed profoundly. Notwithstanding, more complex occurrences of public or political use of history continue to exist. The present article describes the early erudite critical history in the 19th century and its interactions with national –and nationalist– cultures of its time, it analyzes the historical profession within the framework of national Spanish culture in the 20th century, and intends to observe how the structural transformations in the public life help reformulate the historian's role. From the second

* Este texto fue presentado y debatido en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia celebrados en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2 a 5 de octubre de 2013, en el marco de una mesa temática sobre "Visiones de futuro: las culturas políticas en acción (ss. XIX-XX)

half of 20th century, historians have considered the public uses of history as a specific area of research and have contributed to a self rethinking which is necessary to defend the responsibility of professionals and the social function of history.

Key words: Historiography, professionalization, policies of History, national culture.

La práctica historiográfica, como cualquier ámbito de conocimiento, tiene dos destinatarios principales, la propia profesión y el conjunto de la sociedad, el público en general. Si convenimos en que la profesionalización de los historiadores, a partir de los estados modernos y de las universidades europeas y americanas, constituye un proceso iniciado hace poco más de un siglo, nos resultará evidente que los relatos del pasado, la historia, antes de ser objeto de cualquier tipo de normativización epistemológica y corporativa en el mundo contemporáneo, fueron construidos en muy estrecha dependencia del poder, de los poderes políticos y del orden social, en una relación tanto más directa y dependiente en la medida en que las sociedades tradicionales se caracterizaban por carecer de una esfera de opinión pública autónoma a tener en cuenta.

Pero todo orden social o sistema político se ha preocupado en su momento de construir relatos históricos que proporcionaran sentido al orden existente y lo transmitieran a los fieles de las iglesias o a los súbditos de las monarquías y de los imperios. Los *usos de la historia* en el pasado, en ese sentido, han acabado por constituirse como un objeto historiográfico tan específico como relevante para el presente y el futuro del conocimiento histórico y de nuestra profesión de historiadores, aunque como práctica distan mucho –usos y abusos– de ser recientes; fueron el eje de cualquier propuesta de relatar el pasado desde los inicios de la historia, un uso a través del tiempo y del espacio del que “si puó dire che sia nato con la nascita della storia como attivitá conoscitiva”¹.

Príncipes, papas y soberanos no necesitaron teorizar mucho para captar, promover y ordenar los relatos del pasado más convenientes para asegurar su legitimación, fundamentar sus propias políticas, hacer pura propaganda de sus acciones, desde Carlomagno, que parecía muy preocupado por cómo se redactaban los Anales de su propio reinado, hasta Jaime el Conquistador que dictó literalmente su *Llibre dels feits del rei Jaume* (1276), la primera de las grandes crónicas de la Corona de Aragón, como las que escribieron funcionarios reales sobre la Corona de Castilla, o los posteriores cronistas de Indias; había nacido la historia por encargo y el cargo de historiador oficial, elegido y pagado por la Corona². Napoleón fue un excelso y moderno caso de calculada estrategia comunicativa y narrativa para dejar buena memoria e historia de sí mismo.

¹ GALLERANO, N. (a cura di): *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli, 1995, p. 7.

² Jaime I. *Libro de los hechos*, Madrid, Gredos–Institución “Fernando el Católico”, 2003; LINEHAN, P.: *Historia e historiadores de la España medieval*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011 (1993); para la monarquía hispánica en la edad moderna KAGAN, R.: *Los cronistas y la corona*, Madrid, Marcial Pons, 2010 y para la Corona aragonesa, MAGONI, C.: *Fueros y libertades. El mito de la constitución aragonesa en la Europa moderna*, Zaragoza, El Justicia de Aragón, 2012.

El siglo de la Historia: eruditos y académicos del diecinueve

La primera historia erudita y crítica había comparecido en los albores de la época moderna, cuando los soberanos, y también la alta nobleza, comenzaron a encargar a expertos eruditos la tarea de autentificar documentos legitimadores de jurisdicciones y derechos, de distinguir los diplomas verdaderos de los falsificados, y de aquí viene el sentido de considerar al “gran Mabillon”, al menos desde Francia, como el precedente y fundador de la crítica histórica, un benedictino encargado por Luis XIV y su ministro Colbert de documentar históricamente y fundamentar verazmente las pretensiones expansivas de la monarquía y de su reforzado estado³. Poco después llegaron las naciones y los esfuerzos políticos por ilustrar el pasado de las mismas y construir unas culturas históricas nacionales, convirtieron la modalidad del *viaje documental* en una experiencia significativa en la vida de los más grandes “monumentalistas” de toda Europa (en el caso español, los más significativos serían los “viajes literarios” realizados por Pascual Gayangos).

En ese orden, al calor de las empresas político-culturales promovidas por los principales estados europeos en los años de paz que siguieron a los tratados de Viena (aunque, los primeros y principales fueron los alemanes), la actuación de aquellos activos “rastreadores de documentos” no sólo fue importante por la cuestión de la conservación, identificación y ordenamiento del patrimonio documental. Es decir, para la organización de los *archivos históricos de las naciones* (con su deriva facultativa y la institucionalización de la *archivonomía* en tanto técnica de trabajo, materia auxiliar y precedente disciplinar de la *archivística* como ciencia que se fraguó en la vida de la cultura internacional a partir de la década de 1930). En un tiempo de creciente prestigio del *academicismo* como modelo de institucionalización de las nacientes *culturas nacionales*, también lo fue porque la combinación del gusto romántico, con la tradición positiva y los valores patrióticos, provocó la aparición y legitimación de una nueva mentalidad erudita cada vez más extendida⁴.

³ Junto al primer volumen de la obra magna de BARRET-KRIEGL, B.: *Les historiens et la monarchie. 1. Jean Mabillon*, Paris, PUF, 1988; la perspectiva anglosajona sobre el nacimiento erudito de la nota al pie de página en GRAFTON, A.: *Los orígenes trágicos de la erudición*, Buenos Aires, FCE, 1998, pp. 61-126; y una visión panorámica en el capítulo de KELLEY, D. R.: “Philology and History”, en J. Rabassa, M. Sato, E. Tortarolo y D. Woolf (eds.), *The Oxford History of Historical Writing. Volume 3. 1400-1800*, Oxford, Oxford University Press, 2012, pp. 233-244. La recepción de la obra del benedictino de Saint-Maur y la tensión derivada entre la historia erudita y la historia filosófica en la historiografía española en DUBUIS, M.: “Erudition et piété. La réception en Espagne du *Traité des études monastiques de Mabillon*”, en J. Saugnieux (dir.), *Foi et Lumières dans l’Espagne du XVIIIe siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, pp. 113-165; y las diferentes colaboraciones del libro editado por GIMENO BLAY, F. M.: *Erudición y discurso histórico: las instituciones europeas (S. XVIII-XIX)*, València, Universitat de València, 1993.

⁴ MORTIER, R.: *Les “Archives littéraires de L’Europe” (1804-1808) et le comopolitisme littéraire*, Bruxelles, Académie Royale de Belgique, 1957; PORCIANI, I.: *L’ “Archivio storico italiano”: organizzazione*

Estas ideas hicieron, por un lado, que los archivos dejaran de ser “cárceles de documentos” en castillos reales o meros depósitos ligados a las administraciones de los estados para convertirse en los centros privilegiados de difusión de la cultura histórica. Por otro, ampliaron los límites del “territorio del historiador” al llenar de nuevos contenidos el concepto de fuente e invitar a los estudiosos a liberar los documentos tanto tiempo “prisioneros” (“salvarlos como si de bellas princesas se trataran”, sería la caballerosa expresión utilizada por Ranke en una carta dirigida a la escritora Bettina von Arnim)⁵. Y, además, situaron la *verdad histórica* en el corazón mismo de las condiciones “científicas” necesarias para la construcción disciplinar de la historia (y, como tal, enfrentada a las leyes de la *veracidad poética* y la *retórica* que, desde muchos siglos antes, vinculaban los escritos históricos con la literatura y el arte). Algo bien distinto del célebre viaje literario a Italia donde Goethe reescribió su *Ifigenia*. Y muy diferente de las “miradas nacionales de los otros” representadas en las guías Baedeker y los libros de viajes cuyos creadores (empresarios editores, escritores románticos, artistas, fotógrafos, militares o ideólogos políticos) se inventaron “países que celebran cantos orientales” para excitar la imaginación geográfica de sus lectores; pero también para proporcionarles la necesaria base comparativa desde la que situar y afirmar la propia identidad nacional en aquel paisaje de naciones en construcción.

En fin, una labor, la del historiador, de establecer la *verdad* de los documentos, de apariencia sencilla vista desde hoy, cuando de lo que se trata es de algo bastante más complejo, para lo que no son suficientes aquellas técnicas paleográficas y diplomáticas destinadas a distinguir lo verdadero de lo falso en las huellas y vestigios del pasado. Hoy, la atención y reformulación reciente del tema de los usos públicos de la historia viene siendo causa y materia de vivos e interesantes debates historiográficos y, por tanto, constituye una perspectiva

della ricerca ed egemonia moderata nel Risorgimento, Firenze, Leo S. Olschki, 1979; LEVINE, PH.: *The Amateur and the Professional. Antiquarians, Historians, and Archaeologists in Victorian England, 1838-1886*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; DELMAS, B. y NOUGARET, C. (eds.): *Archives et nations dans l'Europe du XIXè siècle. Actes du colloque organisé pas l'École Nationale des Chartes*, Paris, École Nationale des Chartes, 2004; HILDESHEIMER, F.: “Les Archives nationales”, en C. Amalvi (dir.), *Les lieux de l'histoire*, Paris, Armand Colin, 2005, pp. 81-97; y el libro póstumo de MOORE, L. J.: *Restoring Order: The Ecole des Chartes and the Organization of Archives and Libraries in France, 1820-1870*, Duluth, Minnesota, Litwin Books, 2008, pp. 61-154.

⁵ MORETTI, M.: “Archivi e Storia nell'Europa del XIX secolo. Un discorso introduttivo. Alle radici dell'identità culturale europea”, en I. Cotta y R. Manno-Tolu (a cura di), *Atti del convegno internazionale di studi nei 150 anni dall'istituzione Archivio Centrale*, Firenze, Ministero per i beni e le attività culturali. direzione Generale per gli Archivi, 2006, p. 10. La interiorización por parte del historicismo alemán del “Estado” como principio regulador de su cultura política en CALVEZ, J. Y.: *Politique et histoire en Allemagne au XIXè siècle*, Paris, PUF, 2001. En último término, la consolidación de la tradición académica del viaje a Italia por parte de los historiadores alemanes en AZZARO, P.: *Deutsche Geschichtsdenker um die Jahrhundertwende und ihr Einfluss in Italien. Kurt Breysig, Walther Rathenau, Oswald Spengler*, Bern, Lang, 2005.

necesaria desde y para la investigación y la construcción de la historia, en la medida en que, como observaba alarmado Eric J. Hobsbawm en su autobiografía, “las presiones políticas que sufre la historia a manos de los estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad (...) son en la actualidad más fuertes que nunca, y la sociedad mediática moderna ha dado al pasado una preeminencia y un potencial mercantil sin precedentes. La historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino solo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica. La defensa de la historia por sus profesionales es en la actualidad más urgente en la política que nunca. Nos necesitan”; un gran convencido, como tantos profesionales y maestros, de la utilidad de su oficio y de sus saberes, de la necesidad de distinguir, como los documentalistas del Rey Sol, entre un pasado veraz y verdadero y un pasado falseado por intereses, más visibles u ocultos, que el conocimiento histórico debe de contribuir a desvelar⁶.

Además todos tenemos y todos han tenido concepciones específicas y diversas del pasado. La elaboración y la aplicación del concepto de *cultura política* que orienta el título de esta sesión ha otorgado especial importancia a las visiones del pasado y a las concepciones sobre el futuro que caracterizan a las distintas actitudes y culturas políticas; implican una lectura compartida del mundo, del presente, del futuro y del pasado. No hay cultura política sin la puesta en acción de esa particular alquimia que transforma los acontecimientos del pasado en armas del presente, reducidos generalmente a sus formas de leyenda, símbolo, lema, slogan..., instrumentos visibles de creencias y doctrinas básicas que son lo que final y realmente moviliza y determina, y explica las diversas acciones políticas colectivas concretas, sustentadas en buena medida por sentimientos y emociones que engarzan peculiares visiones de pasado y de futuro. Un jacobino, un legitimista, un radical demócrata, un liberal conservador, un internacionalista de primera hora, sin salir del siglo XIX, un republicano, un fascista, un comunista, en la España de los años treinta, entienden y codifican el pasado de una manera determinada, enlazada con su práctica y acción política o su proyecto de futuro. No es solo una memoria militante, que también, en origen es una comprensión concreta y sinceramente vivida del pasado, aprendida por la experiencia propia, o por la transmitida por otros, que se asienta sobre una concepción y una escritura de la historia concretas y determinadas.

Si el republicano Castelar, a la hora de justificar su voto negativo a la Constitución de 1869 que establecía la monarquía democrática, se remontaba al modelo de los jacobinos franceses de 1791, a los derechos individuales que allí

⁶ HOBBSAWM, E. J.: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Critica, 2002, p. 273.

quedaban “expresos y grabados antes de la Constitución”, y volcaba su oratoria y sus conocimientos de historiador para sostener que “no conozco una vulgaridad más insigne que la de decir que la Nación española es una Nación esencialmente monárquica”, su amigo, contrincante y compañero de mesa en la Real Academia de la Historia, Antonio Cánovas del Castillo, enarbolaba su conocimiento y comprensión del pasado para defender el convencimiento político de que “la libertad, la religión y la monarquía, preciso es estar ciego para no verlo, son los tres grandes y fundamentales sentimientos de que está poseída la Nación española”, votando, consecuentemente y por otras razones contra la Constitución que quedaba aprobada en aquella sesión. Dos visiones distintas del pasado que fundamentaban proyectos políticos bien diferentes, pero también la existencia de una *cultura nacional española*, liberal, plural, multiforme y compartida⁷. La oratoria, la prensa, los libros, todos los medios de comunicación de las sociedades liberales del XIX utilizaban la historia para dirigirse, prescribiendo o proscribiendo, que diría Bourdieu, a una primera, si bien que reducida, opinión pública, en cuidada y creciente atención a las exigencias nacionalizadoras del Estado liberal. Ante la Cámara española, Castelar teatralizó lo que el llamaba “su elección” paseando por la historia universal:

...yo pertenezco a la Ágora de Atenas, yo pertenezco al Foro romano. Yo he luchado en Holanda contra Felipe II, he vivido en medio del arte de las ciudades italianas, he razonado con Washington y he asistido en espíritu a la Convención: vosotros seréis cortesanos, pero no me quitaréis jamás mi culto a la República⁸.

Los historiadores en el siglo XX: la transformación estructural de la vida pública

El seguimiento, la descripción, el tránsito del historiador por los usos de la historia hasta aquí, resulta relativamente sencillo, en la medida en que son patentes, diáfanos, casi inocentes, contemplados y estudiados desde hoy. Las cosas se van complicando conforme avanza el siglo XIX. Los nuevos escenarios y modos de hacer política a partir del siglo XIX van a significar una especial potenciación de la presencia de la historia en el discurso público. La *transformación estructural de la vida pública* que significó, en términos de Habermas, el advenimiento de

⁷ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 7 y 8 de abril de 1869.

⁸ *Ibidem*. Sobre este historiador-político, véase VILLACORTA BAÑOS, F.: “Emilio Castelar, su vida, su política, sus obras”, prólogo a CASTELAR, E.: *Historia de la revolución francesa. Un prólogo a Thiers*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2008, pp. VII-CXXVIII. La concepción canovista de los componentes históricos de la nación española y su imposición a los académicos de la Historia en PEIRÓ MARTÍN, I.: *Los Guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2006, pp. 323-346; y del mismo autor la construcción de la cultura nacional española entre 1875 y 1939 en el capítulo, “La cultura”, en CANAL, J. (coord.), *España*. Tomo 3. *La apertura al mundo, 1880-1930*, Madrid, Fundación Mapfre-Taurus (col. América Latina en la historia contemporánea), 2013.

la sociedad burguesa, implicó la aparición y constante expansión de una esfera pública en la que convivían, para persuadirse o combatirse, diferentes modos de comprensión del pasado⁹.

Así pues, siempre y a lo largo del tiempo y del espacio se ha venido haciendo uso público y político de la historia de maneras muy diversas y con diversos fines, de la legitimación de dinastías al acarreo de diplomas por los benedictinos, una historia al servicio del poder, tal como la contemplaba Maquiavelo, como “ancilla scientiae politicae”, en el mejor de los casos, desde las vehementes retóricas plurales, libres y concurrentes de los Parlamentos hasta la sistemática manipulación de las dictaduras¹⁰. Conviene subrayar las enormes diferencias existentes entre utilizar la historia al servicio del liberalismo o la democracia, o hacerlo para legitimar las dictaduras, ya en el siglo XX. Pero los primeros historiadores académicos y universitarios alemanes y franceses, liberales de su siglo, ya tuvieron ocasión de pecar usando sus historias nacionales para justificar y explicar la guerra francoprusiana, iniciando el camino que iba a llevar a compatibilizar las convicciones positivistas y “científicas” de los nuevos y orgullosos “profesionales” y guardianes de la historia con la propaganda nacionalista más desenfrenada a la que los historiadores de los dos bandos se dedicaron durante la primera guerra europea de 1914 a 1918, una tarea naturalmente continuada como deber patriótico en su posterior colaboración como expertos en los tratados de paz¹¹. A estas alturas, sometida la historia a un abuso sistemático al servicio de los intereses de las potencias beligerantes, los

⁹ HABERMAS, J.: *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981 (1962).

¹⁰ De manera complementaria a los trabajos realizados desde la historia de las ideas políticas por Friedrich Meinecke y, más tarde, desde la historia de los lenguajes y discursos políticos de John G.H. Pocock o Quentin Skinner, las ideas de la generación de la guerra florentina acerca de que no se puede pensar la política sin inscribirla en la historia, en la ponencias de FOURNEL, J. L. “Passati e presenti (note sulla storicizzazioni della politica come definizioni di un sapere repubblicano)” y ZANCARINI, J. C. “Machiavel, l’Histoire et la guerre ou la constitution d’un savoir sur la guerre comme savoir fondé su l’Histoire”, incluidas en el volumen editado por MATTIODA, E. (ed.): *Nascita della storiografia e organizzazione dei saperi. Atti del Convegno internazionale di studi (Torino, 20-22 maggio 2009)*, Firenze, Leo S. Olschki Editore, 2010, pp. 87-98 y 99-109. En la línea establecida por los representantes de la Escuela de Cambridge, los relatos de la nacionalidad en América Latina, las vinculaciones políticas y los revisionismo históricos en los trabajos de PALTI, E. J.: *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, FCE, 2002, y *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.

¹¹ Véase STERN, E.: “Los historiadores y la Gran Guerra”, en *El mundo alemán de Einstein. La promesa de una cultura*, Madrid, Paidós, 2003, pp. 211-235. Las experiencias del combate y las reacciones de los historiadores en el capítulo de SCHULIN, E.: “Welkriegserfahrung und Historikerreaktion”, en el volumen editado por W. Küttler, J. Rüsen y E. Schulin, *Geschichtsdiskurs. Band 4. Krisenbewußtsein, Katastrophenerfahrungen und Innovationen 1880–1945*, Frankfurt am Main, Humanities Online, 2003, pp. 165-188; y, también, AUDOIN-ROUZEAU, S.: *Combattre. Une anthropologie historique de la guerre moderne (XIXe-XXIe siècle)*, Paris, Éditions du Seuil, 2008, pp. 69-166. Por último, un estudio sobre los historiadores norteamericanos que acompañaron al Presidente Woodrod Wilson a París en NIELSON, J. M.: *American historians in War and Peace. Patriotism, Diplomacy and the Paris Peace Conference, 1981-1919*, Palo Alto, Academica Press, 2011.

historiadores podían entender y defender que la historia era una ciencia, como la química, pero también tenían el firme convencimiento de que el patriotismo era una virtud al que había que subordinar la ciencia, nacional y nacionalizada. Más aún, como recuerda Nicolas Offenstadt en un ensayo crítico con la intromisión de los políticos actuales en la historia, para el caso de la Francia de la Tercera República, con todas sus variantes, los metarrelatos de la nación presentaban una evidente dimensión política: servían para fortalecer el sentimiento de pertenencia y, también, para construir la historia de la República como el coherente resultado de una gran historia. El patriotismo se introdujo en el corazón del sistema escolar, convirtiéndose en una especie de “religión cívica”. La historia enseñada tenía una dimensión patriótica muy marcada, con evoluciones y debates, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial¹². Después de 1945, ese aspecto, bastante inquietante, de las prácticas de los historiadores que les hacía “organiser le passé en fonction du présent”, penetró en lo más profundo de la disciplina, marcando los desarrollos de las diferentes comunidades profesionales¹³.

Y todo eso, hasta alcanzar el inmediato presente del siglo XXI en cuyo transcurso los asesores del Pentágono y de la Casa Blanca han recurrido a tópicos históricos y conscientes manipulaciones de la historia para justificar las más recientes intervenciones bélicas de los Estados Unidos, al igual que hicieran en el pasado los especialistas a sueldo, historiadores y antropólogos, al servicio de holandeses en Indonesia, británicos en la India o franceses en Indochina, como estableció Edward W. Said desde su libro *Orientalismo* (1978), marcando el camino a los posteriores estudios postcoloniales. Ya en nuestros días los máximos responsables de la política norteamericana han llegado a recurrir a guionistas de Hollywood para fabricar historias convincentes con las que explicar a soldados y opinión pública la necesidad de la intervención militar en Irak y Oriente Medio, con el objetivo manifiesto de transformar la realidad en una ficción útil, de suministrar técnicas contrastadas para “ficcionalizar la realidad”¹⁴.

¹² OFFENSTADT, N.: *L'histoire bling-bling. Le retour du roman national*, Paris, Stock, 2009, pp. 12-13; y SIEGEL, M. L.: *The Moral Disarmament of France. Education, Pacifism and Patriotism, 1914-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

¹³ El entrecomillado en FEBVRE, L.: “Vers une autre histoire”, *Combats pour l'histoire*, en el volumen recopilatorio Lucien Febvre. *Vivre l'Histoire, édition établie par Brigitte Mazon et préface par Bertrand Müller*, Paris, Robert Laffont-Armand Colin, 2009, p. 373 (1949). Sobre el presentismo, la historia y la política, entre otros muchos, el libro de GUESBIER, Y.: “La maison de sable”. *Histoire et politique en Italie, de Benedetto Croce à Renzo de Felice*, Rome, École Française de Rome, 2007. Varios apuntes sobre las relaciones entre los historiadores y el poder político durante el fascismo y el nacionalsocialismo en las distintas colaboraciones del volumen editado por ZUNINO, P. G.: *Università e accademie negli anni del fascismo e del nazismo. Atti del Convegno internazionale. Torino, 11-13 maggio 2005*, Firenze, Leo S. Olschki Editore, 2008 (en especial las de Michael Grüttner, Christoph Cornelissen, Marina Cattaruzza, Massimo Mastrogregori y Edoardo Tortarolo, pp. 77-94, 239-257, 345-363, 365-381 y 409-428)

¹⁴ SALMON, C.: *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear mentes*, Barcelona, Península, 2011, pp. 157 y ss.

Todo esto sucedía mientras, en paralelo, los políticos creaban los medios para la “invención del historiador experto” y la promoción pública de los “historiadores cortesanos” de todo tipo que aceptaban la gestión de las distintas políticas culturales y políticas de la memoria en calidad de especialistas del pasado¹⁵. Este fenómeno, ha producido el enfrentamiento, muchas veces ideológico, con los historiadores profesionales que en nombre de la “ciencia” y la “objetividad”, denunciaron este *uso público de la historia*, rechazando los objetivos políticos perseguidos para imponer una determinada “cultura del recuerdo”¹⁶ o como advertía el malogrado profesor Gallerano: “L’obiettivo perseguito non è più un popolo da educare ma un’audience da raggiungere, per mezzo della storia ma non solo, con lo spettacolo della politica”¹⁷. Desde luego, esta proliferación de peritos y técnicos-memorialistas ha impulsado el desarrollo de una multiplicidad de aspectos del oficio del historiador, directamente implicados con el mundo de la sociedad civil e inseparables de la denominada “estética de la distracción”, como pueden ser la invasión del amateurismo, la creación de espacios culturales y el mostrar versiones de la historia destinadas al puro entretenimiento y la evasión (“historia de consumo”, *Histotainment*)¹⁸. Pero, sobre todo, ha servido para convertir la noción de *patrimonio* en la clave que sustenta el escenario sobre el que se despliega el espectáculo contemporáneo de la *memoria* y la *conmemoración*¹⁹. Una representación que, impulsada por la pasión modernizadora de la políticas urbanas (incluidas sus efusiones conservadoras y restauracionistas), el florecimiento del gusto

¹⁵ En su perspectiva norteamericana y francesa, véase DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003, pp. 25-146.

¹⁶ El concepto ha sido definido por uno de los padres de la “mnemohistoria”, el egiptólogo alemán ASSMANN, J.: *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, Munich, Verlag C.H. Beck, 1997 (19921), y en *Religion und kulturelles Gedächtnis. Zehn Studien*, München, Verlag C.H. Beck, 2000.

¹⁷ GALLERANO, N.: “Storia e uso pubblico della storia”, en *L’uso pubblico della storia...* p. 32.

¹⁸ Véase NOIRIEL, G.: *Qu’est-ce que l’histoire contemporaine?*, Paris, Hachette, 1998, pp. 174-179. El término *Histotainment* (compuesto por las palabras inglesas *History* e *Entertainment*) empleado para señalar esa pérdida de la “historia científica” en favor de una “historia de consumo”, de un pasado divertido lo utiliza HARDTWIG, S.: *Verlust der Geschichte-oder wie unterhaltsam ist die Vergangenheit?*, Berlin, Vergangenheitsverlag, 2010, pp. 18 y 48, citado por OFFENSTADT, N.: *L’historiographie*, Paris, PUF, 2011, p. 111.

¹⁹ HARTOG, F.: *Régimes d’historicité. Presentisme et expériences du temps*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, pp. 132 y 205; para el desarrollo de la noción véase LOWENTHAL, D.: “Fabricating Heritage”, *History & Memory*, 10, 1 (Spring 1998), pp. 5-24 (la revista inició su publicación en 1989), y HEINICH, N.: *La fabrique du patrimoine. De la cathédrale à la petite cuillère*, Paris, Editions de la Maison des sciences de l’homme, 2009, pp. 15-39. Dos anuncios del frenesí conmemorativo desatado en las últimas décadas del siglo XX, en Nora, P.: “L’ère de la commémoration”, en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, III, *Les France*, vol. 3., *De l’archive à l’emblème*, Paris, Gallimard, 1992, p. 997; y JOHNSTON, W.: *Post-modernisme et bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, Paris, PUF, 1992. Sobre el momento conmemorativo y la politización creciente de la historia en España, véase PEIRÓ MARTÍN, I.: *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008). Un estudio sobre las políticas del pasado*, Zaragoza, Fernando el Católico, 2008, pp. 223-230.

por el *revival*, el auge renovado por los “lieux de mémoire” y la musealización del pasado²⁰, encuentra en el turismo “un potente instrumento para el dominio del presente” y transforma al turista, ese viajero consumidor de “pasados extraños”, en su público estelar²¹.

En el marco general de los diferentes públicos que se sienten atraídos por la fuerza mediática de la *Storytelling* y el mercado de novelas, comics, videojuegos, películas, documentales o series televisivas de temática histórica²², la continuación de esta línea argumental permite, antes de nada, reflexionar acerca de dos de los principales tipos de consumidores de historias contemporáneas: los turistas y los nacionalistas. Los primeros, tranquilos devoradores de pasados soñados y acabados, visitantes de restos, “huellas de algo terminado y despedido, pero hábilmente conservado, incluso reconstruido por especialistas gracias a la técnica presente”. Y los segundos, los nacionalistas aparecen como unos rememoradores obsesivos de agravios pasados, para quienes “es el recuerdo reiterado de que hubo un pasado ahora perdido lo que termina por otorgar la identidad misma”²³. Por lo demás, estas ideas sirven, también, para recordarnos que en las estrategias memoriales no todo es tan inocente como aparenta.

De hecho, en unos momentos de regresión ideológica y amordazamiento del pensamiento crítico, resulta innegable que las mejores representaciones de esta realidad se encuentran en el fortalecimiento de la *identidad*, un término relativamente nuevo convertido en un concepto “cross-cultural”²⁴, cuyas conexiones le han llevado a ocupar un espacio dominante tanto en los discursos sobre el pasado realizados por la “memoria oficial” como en los modernos procesos de sacralización de ciertas memorias convertidas en fetiches y auténticas religiones civiles. Un verdadero paradigma, en fin, que se adapta igualmente a la historia y la memoria: de ahí la enorme utilidad que demuestra en el terreno del control de las políticas del recuerdo, de la continuidad de los símbolos identitarios y la gestión de los repertorios de imágenes estereotipadas sobre los que se elabora el

²⁰ HUYSEN, A.: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, 2002, pp. 13-39 y 79-121.

²¹ LOWENTHAL, D.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998 (1ª edición en inglés 1985); las distintas colaboraciones del libro editado por FRANK, M.: *Tourismes, touristes, sociétés*, Paris, Éditions l'Harmattan, 1998; y los casos del “tourisme de la mémoire” registrado por ROBIN, R.: *La mémoire saturée*, Paris, Éditions Stock, 2003, pp. 342-344.

²² Véase GROOT, J. DE: *Consuming History. Historians and Heritage in Contemporary Popular Culture*, London-New York, Routledge, 2009, pp. 103-232 y 236-247.

²³ GÓMEZ RAMOS, A.: “Por qué importó el pasado (el espejo deformante de nuestros iguales)”, en Manuel CRUZ (coord.), *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 77-79.

²⁴ Así define el concepto HANDLER, R.: “Is ‘Identity’ a Useful Cross-Cultural Concept?”, en J. R. Gillis (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1994, pp. 27-40.

concepto de tradición y la memoria cultural de las sociedades. Sin olvidar, por supuesto, su importancia en la elaboración de ese “espejo de alteridad” que son los “otros”, incluidas las construcciones más simplistas y depravadas acerca de los “enemigos tradicionales”²⁵. Distintas manifestaciones de un mismo proceso en el que el funcionamiento de la historia-memoria confluye con la identidad política a la que sirve. Más adelante, volveremos sobre el tema.

Cultura nacional y profesión de historiador en España (1900-1975)

La relación entre historia y política, los usos públicos y políticos de la historia, comienzan a situarse en un escenario de mucha más complejidad a partir de comienzos del siglo XX, aproximadamente, porque los círculos de la opinión pública se agrandan constantemente, como se profundizan los procesos de democratización, a la par que la presencia de las masas en la sociedad, en la política y en los estados; y también porque simultáneamente se consolida y extiende la profesionalización del oficio de historiador.

La *profesión de historiador* en España apenas cuenta con poco más de cien años de historia²⁶. Sin embargo, se trata de un pasado “ausente” y casi “olvidado” por la reciente historiografía profesional. Esta ausencia, no sólo debemos entenderla como un reflejo del rechazo de los historiadores españoles contemporáneos respecto a su propia tradición —que nunca ha funcionado como tal—; sino también de las incertidumbres derivadas del presente de la disciplina y el escepticismo conurbado acerca del significado de la profesión. Se trata ahora de conectar algunas preguntas surgidas de nuestra actualidad más inmediata con las respuestas establecidas por las generaciones que iniciaron su recorrido profesional, a partir de 1900.

Hasta entonces la realidad de la historiografía española se presenta ante nuestros ojos como algo heterogéneo, múltiple, en estratos apretadamente superpuestos. Un mundo decimonónico de academias, de escritores y eruditos pertenecientes a las “clases directoras”, de liberales cultivados, políticos monárquicos y conservadores, progresistas y republicanos, responsables de la creación de lo que debía ser la *cultura nacional española*. Un concepto que, en su relación con la dimensión institucionalizada de la nación, surgió a lo largo del siglo XIX de la adecuación entre la entidad política del Estado y el sistema político liberal, la convivencia entre las ideologías y las culturas políticas, las realidades cotidianas de la vida social y el conjunto de producciones intelectuales, artísticas o técnicas que a ella se referían.

²⁵ Véase los cinco ensayos acerca de este tipo de construcciones en el libro editado por FRANÇOIS, E. y SCHULZE, H.: *Deutsche Erinnerungsorte*, München, Verlag C.H. Beck, 2003, pp. 391-468.

²⁶ Véase la panorámica que abarca desde 1900 hasta 2012 de PEIRÓ MARTÍN, I.: *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013.

Una conciencia histórica del pasado nacional y, en definitiva, una “ideología de la nación” que, si bien deberíamos rastrearla en el XVIII, se fue construyendo a lo largo del XIX mediante un complejo proceso de interpenetración entre espacios regionales e internacionales, percepciones burguesas compartidas y culturas políticas contrapuestas, experiencias del pasado más reciente y apasionadas expectativas por el incierto futuro. Cuando a principios del siglo XX se creó la profesión de historiador, los más importantes y brillantes partidarios de la “moderna historia”, heredaron de sus precursores las obligaciones “nacionales” resultantes de la representación histórica de España.

Sin embargo, los efectos provocados por el trauma de 1898 mezclados con las nuevas exigencias metodológicas de la disciplina, avivaron sus urgencias y les hizo sentirse diferentes. Vinculada a una concepción progresista de la “política pedagógica”, dicha diferencia les llevó a plantearse la cuestión de la función social del historiador y la responsabilidad ética de la historia de variadas formas. Al fin y al cabo, su mirada cosmopolita les había otorgado la posibilidad de conocer la importancia de los valores patrióticos divulgados por sus colegas alemanes, franceses o anglosajones que pensaban la historia como un medio para impulsar la educación política nacional y la regeneración de sus distintos países.

Con todos sus contrastes y rasgos propios, las transferencias culturales relacionadas con la creciente internacionalización de la historiografía española otorgaron a la primera y casi única generación de profesionales del período —la de Ribera, Sales y Ferré, Ibarra, Altamira, Deleito, Menéndez Pidal, Carande, Sánchez Albornoz, Alcázar, de la Torre o Bosch-Gimpera— la suficiente seguridad en su forma de estudiar el pasado para acusar tanto a la historiografía académica anterior como a los historiadores nacionalistas de las regiones. Ajustadas las cuentas con la vieja “historia de partido”, de la primera criticaron el patriotismo y el pesimismo emanado de las “Leyendas de la Historia de España” y sus deficiencias para representar la historia de la nación; destilar de fábulas y quimeras el pasado se veía como una de las muchas responsabilidades del historiador español profesional (serio y riguroso).

Y seguramente esto fue así, porque el compromiso con la *política de la historia* de esta generación, se sustentaba sobre la imagen del historiador como portador indiscutible de la verdad. Para bien o para mal, todos eran universitarios y la comunidad que estaban construyendo se inventó una definición ideológica propia. Inspirada en el ideal positivista del sabio universitario alemán y fundada en la convicción del poder de la profesión y la verdad de la ciencia, la “politique de l’apolitisme”, puesta de moda por los profesores franceses del período de entreguerras, atravesó los Pirineos para oponerse a lo arbitrario, a las pasiones mundanas, a quienes predicaban credos políticos y religiosos desde las cátedras. Sobre el papel, esta especie de filosofía de la vida (con su mezcla de ética universitaria y

responsabilidad profesional) suponía la creación de un espacio científico autónomo, homogéneo y universalista.

Sin duda, esta clarividente confianza en sí mismos contrasta con la ambigua percepción que se tiene en nuestros días de sus evidencias históricas y juicios morales realizados en nombre de la deontología profesional. Mucho más, cuando sabemos cómo, en la década de 1930, se fracturó el frágil consenso logrado entre aquellos *maestros* de la primera historiografía profesional española. En cualquier caso, las tensiones ideológicas se hubieran quedado en un problema derivado del proceso de institucionalización de la historia universitaria, si al mirar hacia adelante no existiera el fatídico verano de 1936 y un horizonte teñido de sangre en el que las armas del pensamiento fueron tomadas al asalto por las tropas de la irracionalidad y la violencia, convirtiendo la “guerra de ideas en España” en una experiencia abrumadora. Forjada por la desesperada tragedia de la muerte y sellada con el estigma indeleble de los vencidos, en la medida en que los “enemigos” pasaron a ser los mismos españoles, la imagen de la guerra civil como acontecimiento fundador de la nueva España rompió en pedazos el puzzle de razones históricas y plurales expectativas políticas que, hasta entonces, componían la *cultura nacional española*.

La infinita dictadura del “Caudillo” se situó al margen de la historia al persistir de forma continua e incesante en perpetuar la profunda escisión de la idea de España. En tal sentido, el “mito de las dos Españas” que había atravesado el siglo XIX en plumas de escritores, pensadores y poetas, ardió en el patológico incendio “antiespañol” avivado sin medida por el nacionalismo reaccionario del “españolísimo” Francisco Franco Bahamonde. En la práctica, las nuevas doctrinas que se autoproclamaban como esencialmente nacionalistas, convirtieron la *historia nacional* en un principio sacrosanto y una cárcel para el futuro de la nación española. Y de la misma manera indecente con que el Nuevo Estado se encargó de congelar el pasado, de hacer olvidar o impedir tomar conciencia de la muerte de las otras partes de la nación, los historiadores franquistas extendieron el acta de defunción sobre la historiografía anterior tachándola de *liberal*. Como un fenómeno más del holocausto cultural sobre el que se asentó el régimen, la condición de historiador se vio privada de su pasado y de una parte importante de su presente.

Esta represión casi total de la profesión acabó con el *tiempo de las escuelas históricas*, iniciando el período de la *dictadura de los catedráticos* (convertidos en una suerte de mandarines a la alemana y *pequeños dictadores* a la española). Como una suerte de *primera hora cero* de la memoria profesional, se trató de una perversa combinación de arbitrariedades políticas, indecentes conductas académicas y solidaridades ideológicas entre los historiadores —desde la pequeña minoría de activos falangistas y convencidos franquistas hasta la mayoría de pragmáticos y siempre sumisos colaboracionistas—, que marcaron el desarrollo socio-profesional

del oficio en los siguientes treinta y cinco años, cuando menos, en una comunidad regida por los principios del mandarinato y definida por la obsolescencia de su academicismo, cuyas rigideces y jerarquizadas formas exteriores enmascaraban la extraordinaria vacuidad de una profesión regida por las líneas maestras de la sumisión.

Perspectivas internacionales: ética y responsabilidad profesional, compromiso ciudadano y función social de la historia

Así las cosas, y para ir enlazando el pasado con el presente de nuestro tema, conviene retener que con el cambio de siglo, la nueva coyuntura historiográfica marcada por plurales e intensos usos políticos de la historia, las crisis de las memorias nacionales y las dislocaciones provocadas por el ir y venir entre identidad y alteridad en el contexto de la globalización, impulsaron la celebración del congreso *Social Values and the Responsibilities of the Historian* e hicieron proponer a François Hartog y Jacques Revel, como uno de los grandes temas para el XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo, los “Usages et abus de l’Histoire et responsabilité présente et passée de l’historien”²⁷. Un tiempo después, el volumen de Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l’historien*, seguido del dossier coordinado por Brian Fay, “Historians and Ethics” de la revista *History and Theory*, y por el libro colectivo editado por David Carr, Thomas R. Flynn y Rudolf A. Makkreel, *The Ethics of History*, volvieron con las mejores armas historiográficas sobre el problema del papel social, la cuestión de los juicios morales y el impacto de la ética en el trabajo de los historiadores²⁸.

En paralelo, hay otra cuestión que no se puede dejar de lado, y es que los historiadores más críticos adoptaron una actitud precisa al justificar la utilidad colectiva de la historia profesional desde la voluntad, consciente o no, de enjuiciar el pasado del nazismo, la Segunda Guerra Mundial y, después de la caída del Muro de Berlín, del comunismo. Desde una perspectiva militante (bien diferente a la historiografía de partido y al revisionismo partisano), intentaron presentar la imagen ética del historiador en su doble condición de protagonista social cargado de memoria y responsabilidad profesional, más allá de sus posiciones ideológicas.

²⁷ HARTOG, F. y REVEL, J.: “Note de conjoncture historiographique”, en F. Hartog y J. Revel (dirs.), *Les usages politiques du passé*, Paris, Éditions de l’École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001, p. 24; y TORSTENDAHL, R.: (ed.): *An Assessment on XXth-Century Historiography. Professionalization, Methodologies, Writings*, Goteborg, Akademie Verlag, 2000.

²⁸ DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l’historien. De la chaire au prétoire...*; FAY, B. (coord.): “Historians and Ethics”, *History and Theory*, 43/4 (2004), pp. 1-164; CARR, D., FLYNN, T. R. y MAKKREEL, R. A. (eds.): *The Ethics of History*, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2004; y el monográfico PEIRÓ MARTÍN, I.: “La(s) Responsabilidad(es) del Historiador”, en *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 1 (2006), pp. 9-144. Por lo demás, una apretada síntesis sobre la ética en la escritura de la historia en GORMAN, J.: “Ethics and the Writing of Historiography” en A. Tucker (ed.), *A Companion to the Philosophy of History and Historiography*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2008, pp. 253-261.

Ideas que, además de remitirnos a la mejor tradición de las ciencias sociales que vinculaba las variaciones individuales de los intelectuales con los patrones sociales de compromiso y distanciamiento, permiten poner sobre la mesa de la crítica historiográfica las diversas tomas de posición de los historiadores ante los acontecimientos límite que les ha tocado vivir en el siglo de la guerra total y la negación del Estado de derecho²⁹.

En este sentido, debemos entender los compromisos, alertas y manifestaciones críticas contra los usos “mitoideológicos” de la historia y las manipulaciones de la memoria realizadas por historiadores como el francés Henry Rousso, el norteamericano Peter Novick (en su polémico *The Holocaust in American Life*, 1999) o el semiólogo de origen búlgaro Tzvetan Todorov para quien, “La historia complica nuestro conocimiento del pasado; la conmemoración lo simplifica, puesto que su objetivo más frecuente es procurarnos ídolos para venerar y enemigos para aborrecer. La primera es sacrílega; la segunda, sacralizante”³⁰. En esta línea se situarían, también, las actividades a favor de un código ético por parte de los miembros de la profesión impulsadas por el belga Antoon De Baets fundador, en 1995, de la *Network of Concerned Historians* (asociación dirigida a establecer un puente entre los miembros de la comunidad profesional y las organizaciones de defensa de los derechos humanos)³¹. Y, en último término, las asociaciones de historiadores franceses creadas, en 2005, *Liberté pour l’histoire* (presidida por Pierre Nora) y el *Comité de vigilance face aux usages publics de l’histoire* (creado a iniciativa de Gérard Noiriel, Michel Riot-Sarcey y Nicolas Offenstad), con el objetivo de denunciar la instrumentalización política de la Historia y las conminaciones normativas que vienen del exterior de la profesión (de los legisladores, de los jueces o de los representantes de las memorias comunitarias)³². Ante la deriva que estaban adquiriendo las “leyes memoriales” (la retroactividad sin límites y la victimización generalizada del pasado), proclamaron que “l’histoire n’était ni une religion ni une morale; qu’elle ne devait pas être l’esclave de l’actualité ni s’écrire sous la dictée de la mémoire; que la politique de l’État n’était pas la politique de l’histoire”. No sin diferencias, ambas asociaciones representan una toma de posición de los profesionales franceses en su doble vertiente corporativa y de compromiso ciudadano al servicio de la democracia. Para

²⁹ Véase TRAVERSO, E.: *La Historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001; y su más reciente *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, FCE, 2012. También, lo señalado más adelante para las críticas de los historiadores alemanes con sus maestros y predecesores.

³⁰ TODOROV, T.: *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002, p. 159.

³¹ DE BAETS, A.: *Responsible History*, New York-Oxford, Berghahn Books, 2009, pp. 173-196.

³² PORRIER, P.: “L’histoire contemporaine”, en J.F. Sirinelli, P. Cauchy y C. Gauvard (dirs.), *Les historiens français à l’oeuvre*, 1995-2010, París, Presses Universitaires de France, 2010, pp. 87-88.

ellos, el reto al que se enfrentan los historiadores es cómo difundir el discurso científico en una sociedad saturada, a la vez, por la tiranía de la memoria y el presentismo³³.

A modo de resumen, importa recordar aquí que el punto de arranque para la incorporación historiográfica del concepto de *usos públicos de la historia*, constituido como instrumento de análisis y como cualificado y renovador objeto y tema de estudio, como perspectiva transitada con frecuencia y cierta eficacia, ligada a las responsabilidades intelectuales, epistemológicas, cívicas de quienes han practicado o practican ese oficio de historiador, se encuentra en los debates que durante los años ochenta del pasado siglo mantuvieron los historiadores de la República Federal Alemana. La primera genealogía y definición del concepto de “uso público de la historia” (*öffentlichen Gebrauch der Historie*), como es conocido, procede del filósofo alemán Jürgen Habermas quien, en 1986, y en un artículo publicado en el semanario de Hamburgo *Die Zeit* (el 7 de noviembre), en plena querrela entre historiadores de la RFA, señalaba que las polémicas de la *Historikerstreit* no se centraban solo en cuestiones teóricas o académicas sino “en el uso público de la historia”, expresión con la que dio título al artículo, un concepto que en ese momento, y tal como lo entendía Habermas, debía referirse a “cómo debía asimilarse por la conciencia pública alemana el periodo del nacionalsocialismo”, distinguiendo el tratamiento propiamente historiográfico de los especialistas de su utilización en el *espacio público* o la *esfera pública*, cuestionando, a la vez, el *revisiónismo* de la historia reciente alemana y de las interpretaciones del nacismo que comenzaba a asomar en el escenario.

No deja de ser legítimo adaptar a esta formulación, ya clásica y canónica, un escenario español actual en el que, veinte años después, ya desde hace una década, más o menos, se despliega de modo tan visible, y comparable, tanto la historiografía sobre la república, la guerra civil y el franquismo como, a la vez, los usos públicos o memoriales, diferentes, de estos periodos del pasado reciente colectivo de los españoles. El problema de la asunción del pasado, como tal, puede ser análogo, por muchas diferencias que encontremos en la cronología y en los materiales, tanto del propio pasado como del presente que lo ha de interpretar.

La expresión de Habermas, propuesta al calor de un debate historiográfico y político que compareció cuatro décadas después del final de la II Guerra Mundial

³³ NORA, P. y CHANDERNAGOR, F.: *Liberté pour l'Histoire*, París, CNRS Éditions, 2008, p. 7. En red, el *Manifiesto del Comité de vigilancia face aux usages publics de l'histoire* (*Comité de vigilancia frente al uso público de la historia*), 17 de junio de 2005, <http://cvuh.blogspot.com.es/2007/02/manifiesto-del-comite-de-vigilance-face.html>. En todo caso, el uso político de la historia en Francia que empieza con los presidentes de la República en GARCIA, P.: “Il y avait une fois la France”. “Le Président et l'histoire en France (1958-2007)”, en C. Delacroix, F. Dosse y P. Garcia (dirs.), *Historicités*, París, Editions La Découverte, 2009, pp. 183-202.

y de la derrota y hundimiento del nazismo, hizo fortuna y él mismo la siguió utilizando, distinguiendo además, entre buenos y malos usos públicos de la historia, cuando, en 1997, salió en defensa del discutido libro del historiador estadounidense Goldhagen sobre los verdugos voluntarios de Hitler, que ponía de relieve la participación consciente de tantos alemanes en las políticas de exterminio, lo cual debía constituir un ejemplo de “correcto uso público de la historia”, o de *legítimo uso público de la historia*³⁴.

Todo aconseja aplicar tanto el concepto de *usos públicos de la historia*, como la distinción en sus grados y funciones de legitimidad, a esa cierta saturación de relatos históricos sobre nuestro pasado reciente que puede abrumar o desconcertar a los ciudadanos, construida desde un *relativismo* cognoscitivo cultural y políticamente interesado. La participación de las mayorías ciudadanas en el nazismo, el conocimiento de lo que en la esfera pública ha sido condenado, desde el colaboracionismo de Vichy hasta las posteriores guerras coloniales en Francia, ha quedado establecido, podemos decir, como verdad histórica o consenso histórico mayoritario, por la mayoría de la profesión, pero también es un convencimiento cultural y social mayoritario socialmente, al que ha llevado la práctica profesional en sociedades democráticas de ese “correcto” uso público de la historia que reclamaba Habermas. Por su parte, el semiótico y humanista crítico Tzvetan Todorov ha recordado que el trabajo del historiador, no consiste simplemente en establecer, seleccionar y relacionar los hechos, su trabajo “debe estar orientado necesariamente por la búsqueda, no de la verdad, sino del bien”³⁵.

Pasado y presente, inercias y tensiones en la historiografía española contemporánea

Si analizamos la situación de la historiografía española reciente, desaparecida la dictadura franquista ya hace más de tres décadas, los grandes temas, aunque no los únicos, que vienen siendo material preferente de los “usos públicos” más visibles y directos, de debates e interpretaciones confrontadas, en el sentido más amplio y habermasiano de la expresión, tanto en el plano más profesional de los historiadores como en la esfera pública y política, son los relativos a la recuperación e interpretación del pasado de la guerra civil y del franquismo, también de la república y de la transición democrática, por un lado, y por otro, los que giran en torno a las numerosas y distintas representaciones propuestas para sostener las

³⁴ GOLDHAGEN, D.: *Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid, Taurus, 1998. El libro fue premiado en Alemania porque “con la profundidad y fuerza moral de su exposición ha dado un impulso esencial a la conciencia pública de la República Federal”

³⁵ TODOROV, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Ed. Paidós-Asterisco, 2000, p. 49, quien no hace sino instalarse en una venerable tradición que arranca de Aristóteles, “No investigamos para saber que es la verdad, sino para ser buenos ya que en otro caso sería completamente inútil” (*Ética Nicomaquea*, 1104, a).

identidades territoriales o “nacionales” hoy defendidas en pasados disputados y reconstruidos desde un crudo presentismo³⁶.

En cualquier caso, junto a los ejemplos señalados, una serie de obras de historia cultural e historia de la historiografía europeas (Burrin, D’Elia, Galasso, Angelini, Ringer, Cornelissen o Moses), nos vuelven a adentrar en el corazón de unas comunidades de historiadores que tienen interiorizada la autocrítica como base de la cohesión interna del oficio y la consideran una de sus primeras responsabilidades profesionales. Y precisamente porque en Alemania el estudio del pasado de la profesión no es un “extraño”, su caso puede ser paradigmático de los debates que, desde la complejidad de actitudes y contextos, se están sucediendo en Gran Bretaña, Italia o Francia.

Las nuevas promociones de historiadores alemanes que conciben la *responsabilidad* no sólo como una reacción derivada de la culpa, sino también como una forma de afirmación de la verdad de la historia como disciplina científica, se han sentido obligados a vincular las investigaciones sobre su más reciente y agitado pasado con el cuestionamiento del papel de los historiadores envueltos en el nacionalsocialismo. Sin olvidar, los más demoledores ataques a las imágenes oficiales construidas por los grandes maestros de la posguerra y los discípulos que les sucedieron desde mediados de 1960³⁷. Por el contrario, los historiadores espa-

³⁶ En el plano internacional, los nuevos posicionamientos, tendencias y formas de representación de la historiografía profesional de las naciones, además de los trabajos mencionados en la nota 24 del capítulo tercero, en el libro editado por BERGER, S. y LORENZ, C. (eds.): *The Contested Nation: Ethnicity, Class, Religion and Gender in National Histories*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2008; y el de FRANK, T. y HADLER, F. (eds.): *Disputed territories and shared pasts. Overlapping national histories in Modern Europe*, London, Palgrave-MacMillan, European Science Foundation, 2011, que centra la cuestión de las nuevas identidades de territorios interseccionados y la producción de los denominados “metarrelatos de frontera”.

³⁷ Véase LORENZ, C.: “Encrucijadas. Reflexiones acerca del papel de los historiadores alemanes en los debates públicos recientes sobre historia actual”, en M. Cruz y D. Brauer (comps.), *La comprensión del pasado. Escritos sobre filosofía de la historia*, Barcelona, Herder, 2005, pp. 335-381. También, las críticas a los silencios y legitimaciones corporativas de los historiadores alemanes con el nacional-socialismo en las colaboraciones del libro dirigido por SCHÖTTLER, P.: *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft, 1918-1945*, Frankfurt am Main, Surkhamp Taschenbuch Verlag, 1997; Hans-Ulrich Wehler denunció la abstinencia política de la “nueva historia cultural” alemana por no pronunciarse en ninguna de las recientes polémicas de los historiadores, ni sentirse interpelada en las controversias públicas en WEHLER, H. U.: *Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts (1945-2000)*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2001, pp. 81-84. Y, por último, el debate surgido a raíz de publicación del libro de BERG, N.: *Der Holocaust un die westdeutschen Historiker. Erforschung und Erinnerung*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2003, y su ponencia leída en el congreso de la Asociación de Historiadores Alemanes, “Historiographiegeschichte und ihre Kontexte. Zur Kritik an “Der Holocaust un die westdeutschen Historiker. Erforschung und Erinnerung””, en el monográfico coordinado por Astrid M. Eckert y Vera Ziegeldorf, “Der Holocaust Holocaust un die westdeutschen Historiker. Eine Debatte”, *Historisches Forum*, 2, (2004), pp. 87-108, donde desde la crítica y la función social del historiador confirma la tesis del conocimiento y la participación de los historiadores alemanes en el Holocausto. Una reacción a su libro en el artículo de WOJAK, I.: “Nicolas Berg and the West German Historians. A response to his “handbook” on the historiography of the Holocaust”, *German History*, 22, 1 (2004), pp. 101-118.

ñoles contemporáneos parecen seguir bajos los efectos provocados por la *segunda hora cero* de la memoria profesional surgida de la Transición. Instalados en una especie de negativa a cuestionar la historia de la profesión, en asuntos relativos a la historiografía franquista las posturas están muy decantadas. Existen profesionales cuya acusada alergia a reconocer antecedentes en los historiadores de la dictadura les lleva a rechazar directamente su presencia como parte de una historia de la historia española que consideran de “escaso interés” para sus investigaciones. Y los hay, sin embargo, que mantienen una persistente actitud de “complicidad” con los miembros de la comunidad que les precedieron.

Esta segunda forma de narrar el pasado de la profesión ha favorecido el desarrollo de un territorio historiográfico alejado de la crítica. Un espacio más sentimental que científico cuyos inevitables matices y perfiles equívocos abarcan desde la “novela familiar” freudiana hasta la evocación agradecida, el ánimo apologético y la simpatía tolerante. Se trata de una literatura de “opiniones” y “primeras impresiones” exculpatorias dedicada a documentar las imágenes preconcebidas de sí mismos y las intachables sociologías de la fama construidas *a posteriori* por unos historiadores que, como refuerzo de sus olvidos y silencios, se acostumbraron a matizar su *colaboración* con la aplicación de la idea del *exilio interior* y a excusar su *comportamiento* con la declaración pública de sus ideologías de “toda la vida”.

Orientaciones políticas e ideológicas que, en la mayoría de los casos, se entroncan con el “espíritu liberal” de un Ortega y Gasset o con alguna de las versiones más ortodoxas, presentistas y confortables de los distintos nacionalismos hispanos. De esta manera, mediante la utilización de resortes ajenos a la especialidad historiográfica pero aplicados sobre ella, esta versión española de la *historiografía retrospectiva* (según la terminología acuñada por Miquel À. Marín Gelabert) ha consolidado una nueva *censura de campo* a través del control de los recursos necesarios (departamentos, publicaciones periódicas, circuitos editoriales o memorias institucionales)³⁸. Por descontado no se trata de ninguna operación interpretativa, sino más bien de apropiaciones gratuitas de imágenes biográficas y asociaciones caseras a cánones ideológicamente prefijados. Desde 1990 en adelante, esto ha generado un subgénero pseudo-historiográfico y facilitado el desarrollo de una tendencia singular de nuestras actuales historiografías “oficiales” capaz de provocar todo un conjunto de solidaridades afectivas y la abierta repulsa a las pocas obras que se hacen preguntas sobre las responsabilidades individuales de los autores que adquirieron prominencia en el franquismo.

³⁸ Véase MARÍN GELABERT, M. A.: *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2005; y “A través de la muralla. Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico”, estudio historiográfico a VICENS VIVES, J.: *Aproximación a la Historia de España*, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 2010, pp. 1-162.

A mi juicio, esta situación se explica por el contagio irresponsable de una parte de la profesión con el virus del relativismo intelectual que convalida cualquier relato como relato posible al opinar que cualquier creencia sobre algún tema, o quizás sobre cualquier tema, es tan buena como cualquier otra. Al respecto, Richard Rorty escribió que, “El “relativismo” es la opinión de que cualquier creencia sobre algún tema, o quizás sobre cualquier tema, es tan buena como cualquier otra. Nadie sostiene esto. A excepción de los advenedizos ansiosos por cooperar, no se puede encontrar a nadie que diga que dos opiniones incompatibles sobre temas importantes son igualmente buenas”³⁹. Algo epistemológicamente insostenible, pues, pero cuyas mutaciones aleatorias permiten encadenar lo señalado hasta aquí con dos de los fenómenos historiográficos recientes que están distorsionando el desarrollo de la historia y la profesión de historiador entre nosotros: el primero de ellos estaría relacionado con las actitudes de un reducido número de historiadores que, después de 2000, comenzaron a salir de los armarios académicos donde permanecían discretamente enquistados para asumir los juicios de valor del peor *revisiónismo histórico*. Mientras que el segundo quedaría vinculado al fenómeno general de la patrimonialización política del pasado, a sus efectos localistas y a la compartimentalización de la comunidad profesional derivada de los diferentes procesos de nacionalización de las historiografías del Estado, iniciados en el decenio de 1990.

Un panorama de almas gemelas en el que cabe advertir, de entrada, la abierta promoción del grupo de los “revisionistas blandos”. Dentro de la amplia literatura generada por el tema, cabe advertir que, la distinción entre un revisionismo “*hard*” y un revisionismo “*soft*”, “bien plus important que le premier, et qui balaie tout sur son passage”, la introdujo Regine Robin en su libro *La mémoire saturée*⁴⁰. Por lo demás, en 1996, el filósofo de la historia italiano Domenico Losurdo publicó una original investigación que entroncaba los orígenes del revisionismo histórico con la cultura liberal y rastreaba su desarrollo en el seno de las democracias occidentales⁴¹. Mientras que, en tiempos de narrativas y discursos, Aviezer Tucker ha realizado una llamada a la científicidad de la historia frente a la alternativa que supone la invención terapéutica de la historia que prefiere terapia a verdad:

The conflation of a historiography constituted of scientific, cognitive values with pre-critical historiography is underlaid by an even deeper misunderstanding of the nature of historiographic research, a confusion of historiography

³⁹ RORTY, R.: *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996, pp. 248. La traducción pertenece a la cita reproducida por NOVICK, P.: *Ese Noble Sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, II, p. 644. Una reflexión crítica sobre la relativización de los hechos en BOGHOSSIAN, P.: *El miedo al conocimiento, contra el relativismo y el constructivismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2012, pp. 69-88.

⁴⁰ ROBIN, R.: *La mémoire saturée...* p. 197.

⁴¹ LOSURDO, D.: *Le révisionnisme en histoire. Problèmes et mythes*, Paris, Albin Michel, 2006.

with textbooks about the past. Literacy critics may claim that there is nothing outside the text, that text is all we have. But in historiography, including the historiography of literature, we certainly have far more than self-contained historiography texts. The text refers through footnotes to evidence. The historian infers historiography from evidence, and documents it by means of the footnote. The alternative is the therapeutic invention of historiografía, preferring therapy to truth, and concluding with “Springtime for Hitler”⁴².

A día de hoy, en la comunidad historiográfica española también parecen renacer los intentos por recrear una nueva “Primavera para Franco”. Las tesis revisionistas están siendo divulgadas por un abanico de historiadores profesionales formado por grupúsculos y personalidades muy distintas: empezando por un número cada vez más limitado de eméritos historiadores franquistas refugiados en la Real Academia de la Historia y unos cuantos hispanistas muy veteranos y de reconocida militancia conservadora. A estos, se les han unido algunos jóvenes “neoliberales” y “neofranquistas”, varios seniors desencantados de la socialdemocracia y un puñado de recién incorporados a la profesión deslumbrados por las modas. Todos ellos constituyen la versión española más actualizada del revisionismo “*soft*” que asola la historiografía internacional. Alejados de la originalidad historiográfica, sus ideas presentan una genealogía remota que entronca, bien con la propaganda franquista de la década de 1940, o bien con las tesis divulgadas por la historiografía conservadora internacional de los años cincuenta y sesenta. Después de todo, la ampliación impulsada desde los medios y el mercado editorial de un público ansioso por creer estas “verdades” contrapuestas a los “engaños habituales” escritos por los “otros” historiadores profesionales, les ha proporcionado la oportunidad de trivializar cuando no de negar la realidad del pasado de la guerra civil y el franquismo, mediante la reutilización de una retórica antimarxista que justifica la valoración igualitaria de los acontecimientos y las manifiestas teorías del caos, el desorden, la violencia, el grado de lealtad y la conspiración republicana.

Más aún: alumbradas sus polémicas a la luz de términos políticos de un presente que se cree perpetuo, los debates historiográficos sobre el Estado y España como nación de naciones les ha permitido volver a resucitar la idea de *cultura nacional* en su versión más unívoca e inmutable. Seguramente, desde la añoranza del mito del *carácter nacional* español y la negación de una historia atenta a la fragilidad del presente y la multiplicidad de los futuros posibles. En perspectiva caballera, sin duda, se trata de diferentes fuegos de un incendio intelectual que entronca con el más universal e inquietante fenómeno de los *revisionismos históricos* internacionales y “la contraofensiva global política e ideológica de la derecha

⁴² TUCKER, A.: “Historiographic Revision and Revisionism. The Evidential Difference”, en M. Kopecek (ed.), *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest–New York, Central European University Press, 2008, p. 14

a partir de finales de los años noventa, cuya articulación más intensa se ha producido en los Estados Unidos, desde el 11 de septiembre 2001⁴³. Pero vistas las cosas a ras del suelo de nuestra historiografía, uno está tentado de interpretarlo también como un reflejo de las líneas de continuidad mantenidas por la fracción más conservadora de la profesión con su pasado más reciente⁴⁴.

En este contexto, tampoco nos resistimos a dejar de pensar en las inercias heredadas del modelo profesional franquista cuando se intenta comprender el actual panorama de una historiografía condicionada por la creciente politización de la historia y por el apasionado sentimiento de patrimonialización particularista del pasado que ha invadido a la sociedad española contemporánea. Mucho más complejo que el anterior, este segundo fenómeno estaría relacionado, de entrada, con los efectos provocados por algo que ya se ha señalado anteriormente: la “demanda social” del *“expertise sur le passé”* surgida desde el espacio político a partir de los años noventa. En la práctica, la creación de un mercado oficioso de la historia paralelo al universitario, ha establecido una zona fronteriza caracterizada por la aparición de un heterogéneo grupo de “historiadores cortesanos”. Directamente vinculados con los pensadores de éxito y los intelectuales a la moda, su naturaleza e instintos camaleónicos les ha permitido crecer diseminados por la topografía autonómica en una escala cromática que, con todos los matices y reservas, incluye desde autocomplacientes catedráticos universitarios a eruditos locales de muy segundo orden, pasando por antiguos animadores culturales. En sus diferentes versiones—desde la más vulgar a la más refinada y noble— estos expertos del pasado se han asociado a los políticos con derechos de profecía y gobierno para convertirse en una especie de “nuevos historiadores oficiales” dedicados a gestionar más que la historia, las distintas “políticas de la memoria identitaria” inventadas por los partidos en el poder. Así, apoyada en los abundantes recursos públicos, la prensa de parroquia y las opiniones de los advenedizos ansiosos, la rueda de la fortuna de la historia ha vuelto a girar hasta el espacio donde es comprendida como un simple medio para el adoctrinamiento político. Un “espectáculo” acaramelado para la píldora de la educación política cuyas mejores representaciones se encuentran en

⁴³ BALFOUR, S.: “El revisionismo histórico y la Guerra Civil”, *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 19 (invierno 2005-2006), p. 61.

⁴⁴ Diagnósticos interesantes sobre la profesión a comienzos de la década del 2000 que, necesariamente, deberíamos completar diez años después, en los artículos de RUIZ TORRES, P.: “Les usages politiques de l’histoire en Espagne. Formes, limites et contradictions”, en F. Hartog y J. Revel (dirs), *Les usages politiques du passé, op.cit.*, pp. 129-156; y PÉREZ GARZÓN, J. S.: “El historiador en España: condiciones y tribulaciones de un gremio”, en B. Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España. Coloquio internacional (noviembre de 1999, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, págs. 407-423;* y “Los historiadores en la política española”, en J. J. Carreras Ares y C. Forcadell Alvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia—Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 107-144.

el fortalecimiento de los discursos renacionalizadores de la “memoria oficial”, el desatado frenesí conmemorativo y, en definitiva, en la paulatina deshistorización de un pasado que, una vez mitificado, amenaza con transformarse en un carnaval de memorias fetichizadas y auténticas religiones civiles de la identidad⁴⁵.

A partir de esas premisas y de su corolario más inmediato (la nación y el nacionalismo continúan como un marco de referencia fundamental que determina la politización de la historiografía en la España de la primera década del siglo XXI), resulta imposible dejar de mencionar las tensiones que en el seno de la profesión está provocando la *cuestión nacional*. Pero acaso, antes de nada, resulte mucho más difícil renunciar a darle la razón a Edward Hallett Carr cuando decía “Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos”⁴⁶.

En la comunidad profesional española, importa señalar que el decenio de 1990 presenció la articulación de un horizonte político-cultural nacionalista que, sin distinción de especialidades y áreas de investigación, comenzó a determinar la vida intelectual y a definir la producción profesional de una parte importante de los historiadores españoles. Entender su desarrollo desde entonces es complicado. Primero, porque hay demasiadas preguntas que no son de fácil respuesta acerca del protagonismo de unas generaciones que se implicaron en la disidencia política y los espacios libres de la historiografía antifranquista –digamos la que surge en torno al decenio de 1965 a 1975–, o sobre la autoridad moral de quienes, ante las incertidumbres generadas por las sucesivas “crisis” del conocimiento histórico y los cambios socio-políticos internacionales de finales de 1980, se han visto afectados por distintos síndromes identitarios. Y segundo, porque en los casos más regresivos, este proceso repleto de desengaños intelectuales, dolorosos silencios profesionales e incompatibilidades ideológicas sobrevenidas, amenaza con romper la lógica de la homogeneidad profesional.

Los síntomas son claros, si bien se mira: por un lado, al confundir el irrenunciable aspecto militante ligado a la función social de la ciencia histórica y el compromiso intelectual con que el historiador debe ponerse al servicio de las ideas de objetividad y verdad (entiéndase veracidad, distanciamiento científico, ejemplaridad, honestidad y/o integridad) con las obtusas *historiografías de partido* que combinan explícitamente el compromiso histórico con el activismo político. Alimentados por el convencimiento de ser la vanguardia de las naciones, estos *revisionismos partisanos* se vinculan a la realización de ciertas ideas esenciales y

⁴⁵ Los innumerables significados del concepto de identidad permiten que sea usado para casi todo, incluso, para no decir nada. Para HARTOG, F se trata de una noción en la que confluyen la “memoria”, el “patrimonio” y la “conmemoración”, *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, p. 132.

⁴⁶ CARR, E. H.: *¿Qué es la Historia? Conferencias “George Macaulay Trevelyan” dictadas en la Universidad de Cambridge en enero-marzo de 1961*, Barcelona, Seix Barral, 1981, p. 31.

respecto al cumplimiento de las cuales la investigación histórica se convierte en un arma y una bandera reivindicativa de unas *identidades estáticas*. Por otro lado y por razones similares, al transformar lo que debían ser tendencias y querellas historiográficas en confrontaciones de bandos y polémicas políticas entre los historiadores nacionalistas y los otros. Confortable y casera delimitación utilizada para alinear en el costado de enfrente a los que se reconocen como “distintos”: los autóctonos que no necesitan demostrar su *pertenencia* o *identidad* y los historiadores foráneos del resto del Estado.

Y viceversa. De hecho, tratándose de un pecado mayor y una tentación difícil de evitar para casi todos —comprendidos los descreídos y los desencantados de la nación—, también parece claro que las miradas en el “espejo de alteridad” desde este lado, pudieran tener algo de reflejo inquisitorial y mucho de torpeza acomodaticia ante el esfuerzo que significa, junto al replanteamiento de los conceptos de *cultura e historia nacional*, modificar el canon fosilizado de la historiografía española —y por ende de “nuestra” idea de España—.

Desde luego, tanto una cosa como la otra, han servido para justificar la instrumentalización de las partes, las miradas exclusivas hacia la normalización interior, la aparición del retraimiento institucional y el debilitamiento de las redes de comunicación e intercambio profesional. Pero no sólo eso. El esfuerzo por elevar fronteras diferenciales se ha acompañado de la creación de compartimentos estancos entre las historiografías de las naciones del Estado español. A los efectos, en el espacio disciplinar de los estudios historiográficos se observa, con idéntica intensidad, dos cosas: por un lado, que nos hallamos ante unas historias de fragmentos que avanzan y retroceden de acuerdo a unos tiempos propios y un utillaje conceptual particularizado (muy alejado en su sentido y significados del utilizado por la historia de la historiografía internacional); y, por otro, que los relatos se han elaborado desde los mecanismos y objetivos característicos de la *historiografía retrospectiva*. Una posición siempre ventajosa por su función legitimadora del presente que obviando cualquier idea de especialidad, influencia, transferencia, recepción, coincidencia, imitación o experiencia cultural, fragmenta la memoria de la profesión de historiador en la inmediatez de las sensaciones identitarias y la fría repulsión hacia lo ajeno. De igual modo, la elevación cualitativa del rango de los mundos internos de referencia, permite particularizar la investigación del pasado de la disciplina hasta reducirla a la condición paródica de una relación continua de obras y autores. Y facilita, en suma, una práctica historiográfica sin redes de influencias mutuas ni interrelaciones institucionales, puramente territorial, atomizada y solitaria que avanza por el camino inexorable de su propio destino.

Cuando vamos derechos hacia el final de nuestra intervención, recordar el sentido de la responsabilidad de los primeros *maestros de la historia* ante los mitos y la sacralización del pasado con que se enfrentaron, puede que tenga algo de añoran-

za y más, incluso, de tentación glorificadora de la historiografía de aquel período; pero no deja de ser una buena guía para definir y calibrar la responsabilidad del historiador en nuestro presente. Y eso, porque en la historia de la historia importan más las categorías con las que trabajan los historiadores que sus sentimientos y, quizás, porque a día de hoy tenemos muchos nacionalistas, troquelados en los más variados moldes ideológicos de los nacionalismos estatal y autonómicos, este primer decenio del siglo XXI podría ser un buen momento para que los historiadores en España volviéramos a mirar hacia la historia a través de los valores de la profesión. Por descontado, para criticar las manipulaciones políticas del pasado desde la convicción colectiva de que, en el presente, de todos los posibles “usos públicos de la historia” el “político es el más determinante, pues permea todos los demás y, en sus formas extremas, es el que degrada a la historia, transformándola en una historia meramente instrumental, sin más razón que su utilidad para ser usada”⁴⁷. Pero sobre todo, porque la historia puede ser redimida de ese empleo instrumental, a condición de recuperar la extraordinaria complejidad del pasado mediante la asimilación crítica de las responsabilidades basadas en la “autocompresión” (*Selbstverständnis*) del historiador⁴⁸.

⁴⁷ CARRERAS ARES, J. J. y FORCADELL ÁLVAREZ, C.: “Introducción. Historia y política: los usos”, en *Usos públicos de la Historia...* p. 14. Por el lugar en que fue dictada y el momento (inauguración de curso en la Universidad Centroeuropa de Budapest), parece interesante recordar la conferencia del recientemente fallecido HOBBSAWM, E. J.: “La Historia, de nuevo amenazada”, donde señalaba que una de las funciones del profesor universitario que enseña historia es la de transmitir a los estudiantes la “responsabilidad ante los hechos históricos en general y la responsabilidad de criticar las manipulaciones político-económicas de la historia en particular”, *El Viejo Topo*, 72 (febrero de 1994), p. 80.

⁴⁸ PANDEL, H. J.: “Wer is ein Historiker? Forschung und Lehre als Bestimmungsfaktoren in der Geschichtswissenschaft des 19. Jahrhunderts”, en W. Küttler, J. Rüsen y E. Schulin (Hgrs.), *Geschichtsdiskurs. Grundlagen und Methoden der Historiographieggeschichte*, Frankfurt am Main, Humanities Online, 1993, pp. 346-354.